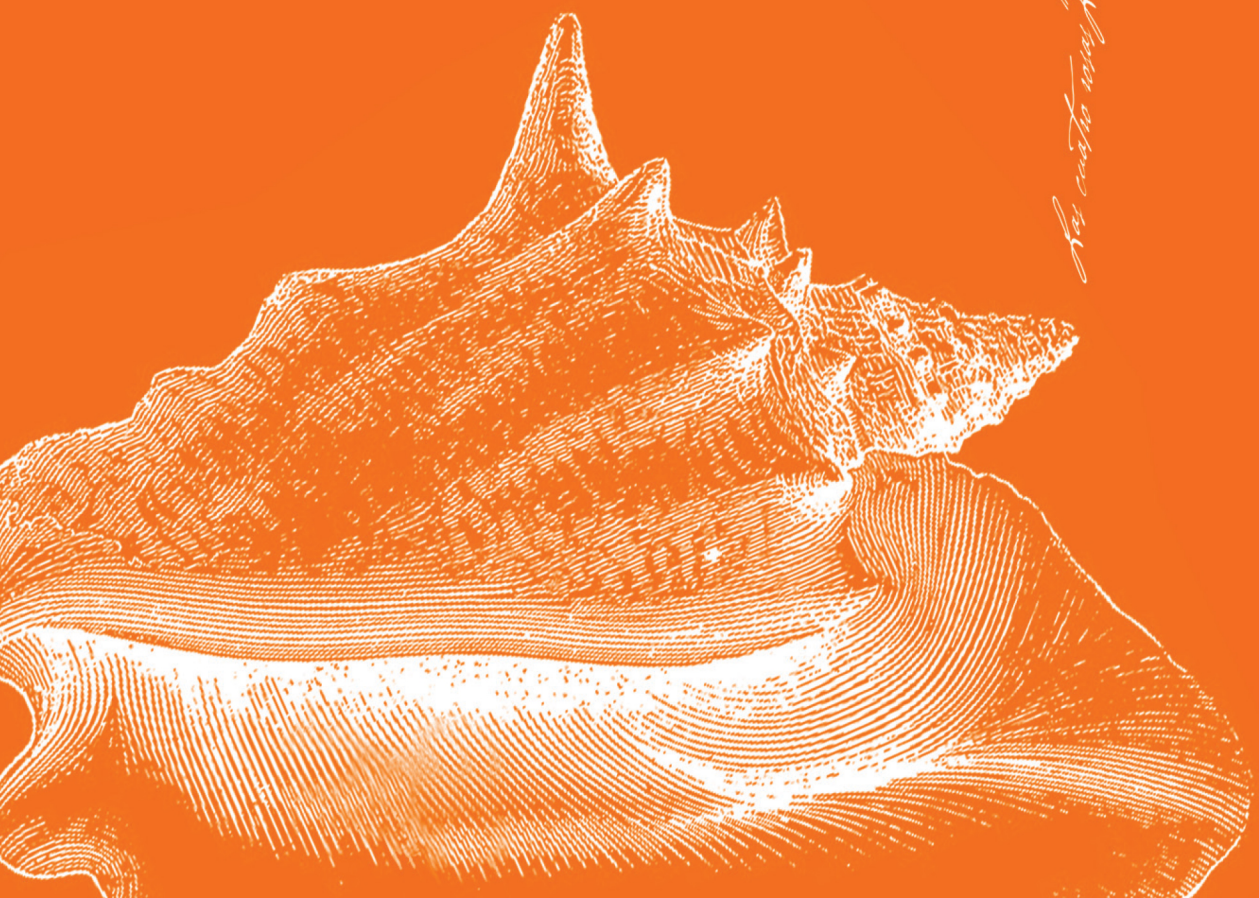


# la celda del caracol



*Los cuartos de la Casa de las Ventas en los siglos y los tiempos Panamá, abril de 1990, a esas ocho meses*

# Las cuatro rosas

Rómulo Castro  
Cantautor

## “La Rosa de los Vientos” en tres espacios y dos tiempos

*1990, a escasos ocho meses de la Invasión...*

Tras el reportaje descarnado de la discordia, la tristeza de las encrucijadas<sup>1</sup> y algunas canciones de huella intimista, Pepe Calderón, JB Quintero y Jorge Sánchez me apremiaron a cantarle nuevamente a la esperanza. La misma esperanza que ya intentábamos a construir a nuestro modo en la Asociación Cultural “El Grupo”, que llegó a nuclear a más de un centenar de artistas e intelectuales panameños opuestos a la neocolonia, con sede alternativa en el “El Zaguán” –que luego vio nacer tanto al “Tuirá” actual, como al Movimiento “Papa Egoró, al sello disquero “Kiwi Records” y a “La Rosa” de Rubén–, el restaurante-bar “Las Malvinas” y el apartamento de George Sánchez en el Casco Viejo. Viejo “Zaguán”... ¡te extraño más que el carajo! Aquel “centro de resistencia cultural” o “antro de perdición” –de acuerdo al tipo y talante de cada cliente– fue realmente una entrañable experiencia algo-política, cuasi-filantrópica y pseudo-empresarial, tras el breve y dudoso éxito “comercial” de las peñas de “Groucho”.

Suena a deber y a frase hecha, pero ¿cómo cantarle a una esperanza que entonces no sentía? ¿Cómo imaginar días mejores en medio del luto, la rabia, la soledad y la incertidumbre...? ¡Porque si no la sentíamos tendríamos que reinventarla, coño!

Porque el único refugio seguro en aquellas horas era nuestra propia identidad pisoteada. Porque ya antes la adversidad había

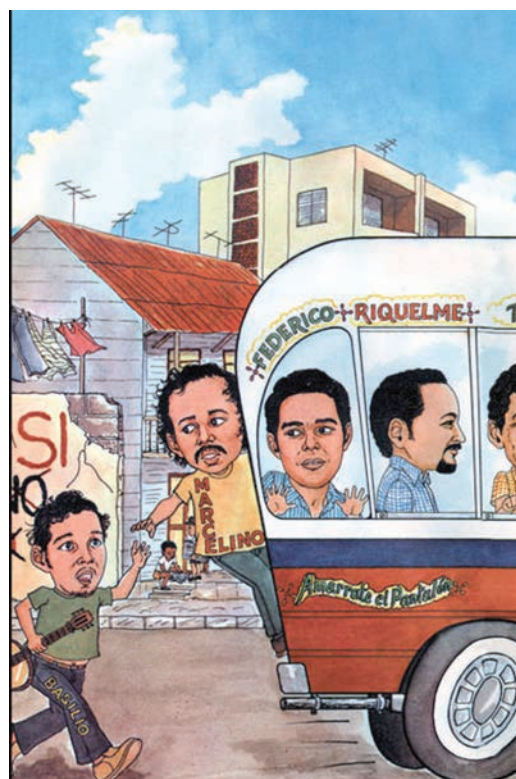
<sup>1</sup> “Vudú Man” y “Tiempo de encrucijadas”.

vapuleado a nuestros mayores y ellos supieron levantarse. Porque no debíamos legar a nuestros hijos la distopía que hoy, muy a nuestro pesar, les estamos legando.

Era martes 21 de agosto, según acotaba el borrador original que guardé tan bien... que ya no recuerdo dónde. Lo que sí recuerdo claramente es cómo me martillaba el alma aquella noche la orteguiana compulsión de su primer verso: *“Cada hombre lleva encima la huella de su tiempo”*. Al día siguiente habría peña en “El Zaguán” y quería cantar allí exactamente eso. Así que compuse “La Rosa” de un solo tirón, imaginándola una con este pequeño país de nuestras alegrías y nuestros dolores, remecido por el huracán; casi arrancado de raíz, pero asido a la tenue certidumbre de que otros futuros eran posibles...

Fue en la vieja casa de apartamentos de madera en *Akee Street*, que la hermosa familia de mi hermana Ligia —en México y con el cuello a medio reparar entonces— compartía en Balboa con la de Héctor Alemán. El caso es que mascullaba esa noche la cancioncilla en ciernes, mientras mi huésped incidental en la habitación contigua, el trovador roquero Yigo Sugasti, se ponía cariñoso con una ilustre novia de cuyo nombre no haré reseña. Y como me emocionaba con alguna frase o algún giro melódico *ad hoc* que recién salía del horno, pues les interrumpía a ratos su inspiración alterna para hacerles el preestreno. Después del tercer corte, por supuesto, me mandaron a freír guandú. Nunca he vuelto a hacer una canción en iguales circunstancias.

Yigo es un joven-viejo amigo, talentoso, entrón y simpático, de raizal estirpe vernácula. Su viejo fundó “Tamayo Records”, seguramente la casa de música folclórico-popular más importante del Siglo XX panameño. Lo conocí cerrando los ochentas en el *Groucho Pub*, cuando la celebridad local le rozó furtiva junto a su banda “Peso Neto”. Ya desde entonces quedó en la gente como el “Vampiro Abstemio” de la rola con que salió al ruedo. Trabajamos por esos días una buena complicidad





musical, de la que nos quedaron varias peñas y un par de canciones conjuntas casi olvidadas. De esa experiencia “peñística” Yigo parece haber heredado algo de *working class hero*, buscando la piedra filosofal en el alambique mixto del rock y la trova.

Hoy sigue haciendo crecer con éxito su “Tocando Madera”, convocando a cuanto cantautor local defiende lo suyo con mínima coherencia. Inicialmente me apiadé del amigo, pues de todos estos años me ha quedado la certeza de que tratar de entusiasmar a los artistas –y en particular a los músicos– con proyectos colectivos, resulta muchísimo más complejo (y menos gratificante) que encontrar al unicornio azul. Lo cierto es, por una parte, que Yigo defiende una orgánica propuesta inclusiva sobre el relevo generacional en la canción de autor panameña, en la que mi ficha personal resulta eslabón entre el Cáncer Ortega de inicios los 70 y el Yigo de finales de los 80, al que por supuesto suceden decenas de prometedores relevos noventeros y del nuevo milenio. Y, por otra parte, pues que la Fundación Tocando Madera no ha hecho más que crecer y empezar a proyectarse local e internacionalmente en los años que median entre la primera y la segunda edición de este libro. Así que ¡mis respetos, compa!

Volviendo a “La Rosa”: la estrené en una peña zaguanera. Y desde el inicio ella solita indujo al movimiento y negó el reposo. Y también desde el principio dejó de pertenecerme.

Semejante sensación no la tenía desde que en una manifestación nacionalista setentera cargábamos tantos ataúdes como lutos nos dejó el 9 de enero<sup>2</sup>, sobre la antigua “4 de julio” y ahora “Avenida de los Mártires” y con rumbo al Puente de las Américas. Por cierto, a algún humorista de la Tendencia no se le ocurrió otra cosa que poner un reloj despertador de cuerda dentro de uno

<sup>2</sup> 9 de enero de 1964, “Día de los Mártires”: manifestación estudiantil, que devino en movilización popular, para reclamar la presencia de la bandera panameña en el territorio ocupado de la antigua Zona del Canal. La intransigencia colonial de los zonians -los civiles norteamericanos que la habitaban- y del ejército de esa potencia imperial ocupante, acabaron provocando decenas de muertos y centenares de heridos panameños. Menos de tres lustros después se firman los Tratados Torrijos-Carter, que devuelven paulatinamente la antigua Zona y el propio Canal a su legítimo dueño, Panamá.



de aquellos féretros de utilería, lo que luego motivó toda una operación de comandos imperiales que cerraron la vía no sé por cuantas horas. El caso es que, emocionado porque algunos centenares de marchantes coreaban al unísono un tema musical de barricada, e inquirido por el solidario vecino de fila acerca de qué me pasaba, cometí el error de contarle, pechón y emocionado, que yo había escrito aquella canción:

*“Hoy dice este pueblo ¡ya!  
¡Basta de amenazas,  
es nuestro el Canal!  
Y sin condiciones,  
sin imposiciones,  
¡La Soberanía es de Panamá!”<sup>3</sup>*

*“¡Tas abueva’o!”* —me respondió incrédulo y siguió en lo suyo.

Luego llevé “La Rosa” al Festival OTI (¡dos veces la misma piedral), junto a Luis Arteaga. Esta vez la canción precalificó, la cantamos y llevaba chance, pero luego nos la descalificaron gracias a los buenos oficios de un célebre farandulero del patio que también concursaba en el certamen y quería reducir la competencia. Tampoco así ganó el artistoide el certamen de marras. Así que “mi” canción, triunfante y sin premio, tuvo que esperar por su pedacito de cielo hasta “la Rosa de los Vientos” de Rubén Blades y su *Grammy* de 1996. Por fortuna pude regrabarla yo también un año más tarde, gracias a Sergio Cambefort, Jorge Sánchez y “Kiwi Records”, con el acompañamiento de mi hermano Luis Thomas y el “Tuira”.

<sup>3</sup> “Soberanía”, 1978. Grabada en 1979 por el Grupo Liberación en el acetato “Amárrate el pantalón”.

Desde entonces se ha convertido en mi ineludible carta de presentación (últimamente trato de no cantarla mucho –porque siento que ya la pela–, pero mis tercetos y escasos seguidores difícilmente me lo permiten).

Y valga una buena y nueva loa al Cambefort, sin cuyo entusiasmo no hubiese podido grabar nada en serio –además de absolutamente subsidiado– entre 1983 y 1999 ¿Cuánta de esa bondad –que también derrochó con tantos otros artistas limpiamente desconocidos, como yo– no habrá “contribuido al cierre del propio “Origen”, su entonces reconocida casa productora?

Regresando otra vez a la vieja “Rosa”, baste un comentario sobre cómo se me ha adelantado su propia huella. En algún momento del 2000, mi amigo Willie Ney –intelectual del Medio Oeste, descendiente de cuáqueros, fan a rabiar de Centroamérica entera y entonces académico de la Universidad de Wisconsin en Madison– nos organizó a un grupo de troveros y músicos de la región para presentarnos en jauría en Madison, Chicago y Washington. Una de esas presentaciones fue en el *Chicago Cultural Center*, poseedor de un hermoso auditorio neoclásico con cúpula de vidrio en el que tuve el privilegio de compartir escena con el catracho Guillermo Anderson (allá donde esté) y el tico Manuel Obregón (en el programa de mano decía “O´Bergon”), dos de los seres casi sobrenaturales que conocí en aquellas andanzas músico-iniciáticas del nuevo milenio. Entre los otros estaban Raquel González–Paráiso (España), Orlando Cabrera (Puerto Rico), Pancho López (México) y el brasileñísimo Tico Da Costa (a.d.e.). El caso es que en las butacas había unos cuatrocientos gringos de ambos sexos y con caras ascetas de críticos de arte, que aplaudieron apenas educadamente cuando se anunció mi turno al bate (cuando algún otro lo anunció, porque yo de a vainas hablo castellano y entiendo a medias el valenciano “arcaico”). Pero cuando mencionaron por los parlantes que era el autor de la célebre “Rosa de los Vientos”, los cuatrocientos aplaudieron a rabiar. ¡Gracias, Rubén!

Por cierto, al César lo que es del César: en los dos ciclos de presentaciones que tuve ese año en los Estados Unidos junto a la horda creativa de “Centroamericalia” (a la que denominamos “los tigrillos” en *petit comité*, como una de las canciones infantiles-ecológicas que cantaba Guillermo Anderson en esa misma gira), conocí a decenas de norteamericanos nobles, cultos y realmente solidarios con nuestras causas y con todas las buenas causas, “que no es lo mismo, pero es igual”. No todo ese inmenso y sorprendente país está habitado por *zoni*ans, *marines*, republicanos y neofascistas. Los miles de norteamericanos asesinados en las torres de Babel no merecían morir. Ni las víctimas del terrorismo en la vieja Europa de estos y otros días. Tampoco los miles de iraquíes, afganos, libaneses, palestinos o sirios que hoy siguen muriendo en su propia tierra, o todos los que pierden la vida en el mundo tratando de escapar del horror que no convocaron.

Ya en plan de trovador que comienza a sentir los rigores del viaje e intenta ordenar sus canciones-historias para hilvanarles sus motivos, me queda claro que “Vudú Man”, “Tiempo de encrucijadas” y “La Rosa de los Vientos” constituyen una especie de Trilogía de la Invasión: la primera es la de la crónica. La segunda, la de la tristeza. Y la tercera, la del retorno a la esperanza. Juro que así no las pensé, pero así las hicieron nacer sus propias circunstancias.

## La Rosa centroamericana

Afortunadamente “La Rosa” ha tenido –y espero seguirá teniendo– otras versiones convergentes, aparte de la que grabé con el Tuira o de la célebre que interpretó Rubén, que le agregan nuevas vivencias, geografías, significados y testimonios posibles.



A inicios de los 90's, tímidamente, con un par de presentaciones a dúo junto a Luis Arteaga que hicieron posible el cariño y la entereza de nuestra común amiga Merly Eguigure, desde una Honduras que desde entonces también se hizo nuestra y que vibró tempranamente con aquella joven "Rosa" recién compuesta. Allí, en el Festival "La Ocarina", en Tegucigalpa, también vi por primera vez en escena a Guillermo Anderson, un hondureño a África y temáticas tempranamente ecológico-amorosas, en tiempos de pasiones violentas.

Pero fue tras los conciertos forjados en el Madison universitario de inicios del nuevo siglo que tuve –junto al Tuirá o como trovero errante– un intenso reencuentro centroamericano que, con eje en nuestra participación en el Festival Internacional de la Artes (San José, Costa Rica, 2002 y 2004), se proyectó a nuevas expediciones musicales con rumbo a Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua. Gracias a ese periplo regional, volví a ver, conocí o fortalecí lazos de amistad con trovadores centroamericanos comprometidos con su tiempo como Salvador (a.d.e.) y Katia Cardenal, Luis Enrique Mejía Godoy, Norma Helena Gadea, Salvador Bustos, Franklin y Roberto Quezada, Paulino Espinoza, Fidel Gamboa (a.d.e.), "Editus", Guadalupe Urbina, Rony Hernández, Fernando López y un largo etcétera que mi memoria ya dificulta convocar... Incluso esos días me regalaron el privilegio de conocer y cantar junto a leyendas de la canción comprometida latinoamericana como Gabino Palomares y Daniel Viglietti.



De entre todos los colega-hermanos centroamericanos, la buenaventura, el humor ácido y las similitudes de ruta conspiraron para tejer una particular relación humana con Guillermo Anderson y Manuel Monestel, que desde sus primeros días trascendió los meros escenarios. De esa complicidad creativa nació nuestro “Tres del Caribe Centroamericano”, una propuesta conjunta que hermanó a nuestra región geográfica a partir de la negritud cultural de la más olvidada de sus costas.

Entre 2010 y 2014 realizamos varias presentaciones conjuntas en Panamá y Costa Rica, sumando acá al Tuira y allá al Cantoamérica de Monestel, e incluso alguna vez a la presencia escénica, la hermosa voz y la calidez de nuestra colegamiga nicaragüense Katia Cardenal. Pero fue de 2011 que nos quedó el testimonio audiovisual de “La Rosa centroamericana”, interpretada en vivo junto a mis hermanos trova-vidas Guillermo y Manuel. Esa ocasión a trío, con la percusión de Marquito Naranjo rumbo a cuarteto, dejó cincelada en nuestra memoria aquella segunda estrofa en la voz del amigo ausente...

Armamos escenario conjunto por última vez en el Festival Internacional del Calypso en Cahuita, Limón, Costa Rica. Por supuesto, el mae Monestel conspiró para hacer posible la invitación oficial. Viajé desde Panamá con dos viejitos antológicos, glorias de la herencia cultural afroantillana en Panamá y reconocidas figuras de su música: Leslie George, maestro, director coral y calypsonian del Río Abajo capitalino; y “*Ringin Bell*”, trovador calypsonian y privilegiado cronista de las 16 calles de nuestra caribeña ciudad de Colón. No había bajado nunca desde la meseta central tica de las ciudades grandes y mis ancestros “blancos”, hasta la costa negra y mestiza de su Caribe, desde donde emergía otra asombrosa y casi desconocida Costa Rica, como la “rara” Honduras de la Ceiba andersoniana.

Allá nos esperaban Manuel y Guillermo, con sonrisas de oreja a oreja, el Grupo Cantoamérica, un sofocante calor húmedo como el de Panamá y un calor humano entre los mejores de todas mis

experiencias. La noche del concierto de clausura abundó en público y aguaceros. Seguramente por ello no quedó un buen registro audiovisual de la jornada, pero recuerdo claramente que “la Rosa” que cantamos a trío aquella noche, con acompañamiento de “Cantoamérica” y coro de *lords* afroantillanos, tenía el alma sonora de los *West Indian Men*.

Al día siguiente subimos a San José, en donde nos quedamos un par de días con Monestel y cerramos el ciclo con un pequeño y cálido concierto en “Mundoloco”. Del día del regreso a casa nos quedó una buena foto y la certeza del reencuentro para una gira europea que comenzábamos a armar a tres esquinas. Nunca llegó a concretarse. Menos de un año después enfermaba Guillermo y ya no volvimos a verle. Sigue doliendo incluso el contarlo...

## La Rosa curundeña

Entre 2011 y 2013, mientras ejercía mi oficio de subsistencia como publicista y cronista histórico-cultural del “Proyecto Curundú” –complejo de vivienda popular capitalina edificado durante la cleptocrática Administración Martinelli–, la compañía constructora contratante –sí, la luego célebre por otros motivos ODEBRECHT– me pidió hacer una “Rosa curundeña” (colofón de una consultoría técnica de casi tres años), a lo que accedí como homenaje a la gente del *ghetto*, después de asegurarme legalmente de que el gobierno de turno no la podría utilizar de ningún modo para otros fines.

La nueva relación con el barrio surgió en 2009, cuando mi amiga Liliana Lopera, arquitecta a cargo del diseño preliminar del proyecto, me pidió componer una canción tema y encargarme de la producción de un pequeño video-documental *sui generis*: en cosa de semanas participarían en la licitación pública de la obra y estaban interesados en un acercamiento humano, más allá de lo técnico-conceptual y lo económico, tanto a quienes promovían la iniciativa, como a la comunidad que se beneficiaría



con su concreción. Cuatro años más tarde, cuando terminamos “El turno de Curundú: tradiciones y perspectivas de un barrio en transformación” y presentamos, listo para prensa el libro-disco homónimo que nunca se publicó (¿?), escribía en su prólogo inédito:

*“(Aquella) invitación me llamó la atención, (...) pues por experiencia relacionaba esas ‘sensibilidades’ con otros tiempos y otras circunstancias. Así que puse manos a la obra musical y con la colaboración de Luis Thomas en el arreglo y la grabación de la música, y la del joven videasta René Martínez (a.d.e.), pudimos tener el trabajo listo apenas a tiempo.*

*No había regresado a Curundú desde los ya lejanos años 70’s, la Universidad y los trabajos voluntarios en tiempos de utopías posibles. Desde la crisis de los 80’s hacerlo se volvía más peligroso y, en años recientes, casi suicida. Así que bordeábamos a toda prisa la vergüenza, sin mirarle el rostro, y seguíamos a otros asuntos. Volver a entrar al barrio fue empeorar el recuerdo... ¿Cómo pudimos permitir aquello todos nosotros? ¿Cómo podemos seguirlo permitiendo en tantas otras esquinas de esta tierra que llamamos ‘nuestra’? La canción y el video de presentación se llamaron “El turno de Curundú” desde el principio. Y, afortunadamente, los asumieron como propios Liliana y ODEBRECHT. Seguramente resultaron buena carta de presentación, porque tras ganar la licitación y dar inicio las obras, la empresa constructora me propuso hacer este libro-video que ahora presentamos.*

*Sus requerimientos investigativos, técnicos y estéticos requirieron conformar un equipo de trabajo multidisciplinario, al que se fueron sumando el fotógrafo y diseñador gráfico Fabrizio Cernuda, el videasta Fernando Soto –quien con su empresa, Claxon Media, ya venía trabajando desde el inicio para el Proyecto Curundú y otros proyectos del consorcio, y Luis Thomas en el sonido (...).*

*Teníamos por delante la crónica y el acompañamiento a una obra civil de gran calado social, desde su bosquejo, hasta su*



*entrega: rara vez se ofrece a un grupo comunicador semejante oportunidad en estas latitudes. Entramos al Curundú de ayer cámaras e imaginación en mano, seguidos de cerca por el estrépito de la maquinaria pesada borradora de pasados. La operaban los mismos predicados del olvido que ahora devenían en sujetos de futuros posibles. Lo que el iris registraba ayer ya no estaría mañana, así que no habían segundas oportunidades para corregir la toma.*

*Y esa urgencia cotidiana también operaba sinergias en el propio equipo productor: más que un “creativo-coordinador”, un “fotógrafo-diseñador” y un “cineasta-documentalista”, acabamos deviniendo en autor colectivo de esta propuesta audiovisual. Por eso la signamos en igualdad de condiciones. Fueron poco más de dos años de trabajo intenso, en ocasiones en suspenso por la dinámica, las contingencias y los imperativos de la propia obra y sus circunstancias. Creo que valieron la pena...”*

Para esta “Rosa” que siguió a “El Turno de Curundú” buscamos y encontramos alianzas artísticas en el propio barrio, pues no era cosa de llegar de *outsiders* a cantar al dolor y la esperanza del prójimo, sino de alentar al hermano a contarlo en primera persona. Y eso tratamos de lograr sumando en las primeras voces a *JP Shamakito*, rapero del *ghetto* y obrero de su reconstrucción, y a Alex Dolphy, salsero de origen colonense y raigambre arrabalera capitalina. Pero también al *Palenque* de Los Congos de Curundú, a los niños, a los jóvenes —ayer pandilleros y hoy obreros de su destino— y a las madres-padres de sus propias familias, piedras angulares de la sobrevivencia comunal...

## La Rosa Maorí

En algún momento de 2014 desembarcaba en Panamá el poeta catracho-kiwi Leonel Alvarado, del que este trovador no tenía referencia previa; pero él, afortunadamente para esta historia, sí. De su Honduras originaria había partido a fines del milenio pasado a estudiar en los Estados Unidos. Completada



su especialización en literatura hispanoamericana y ya título en mano, aplicó para trabajar en múltiples universidades posibles y finalmente fue aceptado como docente... en la Universidad de Massey en Palmerston North, Nueva Zelanda. O sea, que acabó sumergido literalmente en las honduras antipódicas. Pero antes de partir, por pura causalidad y entre muchas otras cosas, se encontró en una tienda de Washington con un ejemplar de la antología inglesa de música centroamericana *The Rough Guide to the Music of Central America*, del *World Music Network*, editada en Londres en 2001. Y da la causalidad de que en aquel disquillo estaban, entre tantas otras, dos canciones de este servidor junto al Grupo Tuira: “Retorno” y “La herencia del pela’o. Me contaría luego Leonel que ambas tonadas le acompañaron allende el Pacífico en las “añoralgias” de su lejana tierra natal, a la que se negó a olvidar por poética terquedad identitaria.

Y así, mientras se hacía poco a poco kiwi en lontananza, el Alvarado no dejaba de escribirle a la Centroamérica de sus desvelos. Tanto así que hace unos años resultó ganador del Premio Centroamericano de Poesía Rogelio Sinán, otorgado por la Universidad Tecnológica de Panamá, con su “Xibalbá Texas”. Así que vino a por su reconocimiento y de paso a re-conocer un pedazo de Panamá, guiado por sus anfitrionas, las poetas Eyra Harbar y BBP Bethancourt, quienes se lo llevaron hasta La Negrita a por la memoria de Victoriano<sup>4</sup>: contundente modo de empezar a conocernos. Allá les preguntó si conocían y tenían el santo y seña de un cantautor local llamado Rómulo Castro, con tan buen tino que fue escuchado por mis buenos amigos Jeannette Mora y Ologwagdi, quienes le pasaron mi teléfono. Nos re-conocimos al día siguiente. Participaba yo ese día en un concierto ecológico organizado por los vecinos de la antigua

<sup>4</sup> [https://es.wikipedia.org/wiki/Victoriano\\_Lorenzo](https://es.wikipedia.org/wiki/Victoriano_Lorenzo)

base militar de Clayton, y allá se fue el Alvarado a escucharme en acústico-directo.

Con Leonel me ha pasado como con Jorge Carrillo, JB Quintero o Luis Thomas: uno les conoce y de una vez llegan la amistad y sus vainas conexas. Regresó meses más tarde a presentar su poemario en la Feria Internacional del Libro de Panamá, y ya nos habíamos organizado un primer concierto conjunto de poesía y canción, “CantARTE POr ÉTICA”, junto a mi cuñada Teresa Toro, Valeria Ovando, Eyra y BBP. Lo demás casi fue coser y cantar: hicimos un primer y laborioso ensayo de composición conjunta de *poesíaparacantar*, del que resultó silvianamente en 2015 “Boceto de dama y balcón”, mientras comenzábamos a conspirar cómo llevar a este cantautor hasta la antípoda. Nos tomó casi dos años, pero en enero de 2017 componíamos vía internet “El Sur que soy”, y en febrero, guitarra en mano, cruzaba el charco grande a nuestra izquierda hasta la remota Aotearoa...

¿Qué pueden tener en común Nueva Zelanda y Panamá? Pues... ambos son países pequeños (nosotros mucho más) divididos a la mitad por una franja de agua (la de ellos natural y mayor) y con unos cuatro y pico millones de habitantes. Creo que hasta ahí llega la vaina. Forzándola un poco más, pues dos naciones con terca población originaria que se niega a renegar de sus raíces y enfrenta —a veces con éxito, pero siempre con entereza— a enemigos mucho mayores. Y en éste último e improbable detalle residió la mágica causalidad que acabó haciendo posible “La Rosa Maorí”.

Los maoríes resultan un solo pueblo, dividido en muchas tribus por mucho tiempo guerreantes entre sí. También excelentes agricultores, artistas y marinos, llegaron a *Aotearoa* —“la tierra de la gran nube blanca”, en su lengua originaria, el *te reo*— hace ochocientos y tantos años. Y cómo acá, pero en ciclo histórico acelerado, les cayeron los europeos hace ciento y pico de años, cuando ya al Imperio Británico le escaseaban fuerzas y nuevos territorios para seguir creciendo *ad infinitum*. Según aprendí por allá los maoríes tienen sangre inglesa. Y no sólo por el progresivo

mestizaje con los *kimis*, blancos de origen europeo, sino porque aquel belicoso y poético pueblo era caníbal ritual y, literalmente, tras la batalla podían haberse merendado algunos centenares de nutritivos casacas rojas beligerantes, así como a otros tantos de los colonos nórdicos que se asentaban en los prados de Aotearoa tras el avance británico.

En fin; tras un viaje de tres días con cambio de avión en Los Ángeles, California y Auckland, Nueva Zelanda, llegué molido y todo destanteado con los horarios a Palmerston North, al Sur de la Isla Norte, en un pequeño y ruidoso biplano. Allá me esperaban mi anfitrión Leonel Alvarado y su hermano mayor adoptivo Enrique Astorga, viejo exmilitante de la izquierda chilena que vive en NZ desde poco después del pinochetazo. Grandes seres humanos Enrique y su esposa: nos invitaron a cena sureña en su casa, acompañada por excelente plática y escanciada con buen y abundante vino de ambos lados del Pacífico.

El valle agrario que alberga a Palmerston –“*Palmy*” –, pequeña ciudad de 80 mil almas que en algo me recordó a Madison, Wisconsin, está rodeado por la cordillera y regado por el caudaloso río Manawatū, que en *te reo* significa “Donde el corazón se queda”. *Manawa* es para ellos corazón. Esa fue la expresión del jefe *rangatira* *Te Awe Awe* cuando llegaron a aquel sitio de pasmosa belleza natural: “Manawatū”, y así se llaman ahora el río y el valle. Los *Rangitane* son la tribu predominante en éste cuasi idílico Palmerston agro-académico que gira en torno a la Universidad de Massey. Y la fortaleza de Massey, sus estudios aplicados y complementarios de agricultura... y cultura, en el amplio sentido de la palabra.

Sin ser un entendido en el asunto, en aquel viaje percibí de a poco que los neozelandeses, consciente o subconscientemente, han ido realizando una progresiva revolución sin consignas, o al menos sin todos nuestros latinos sobresaltos, que va afianzándoles como nación inclusiva y ahorrándoles buena parte de nuestros improperios y desencuentros colectivos. Sólo vi por aquellos lares una sola ciudad con edificiotos, tranques y alguna improbable

crónica roja: Auckland, que es como su New Yorksita. La otras que conocí, incluida Wellington, su capital, merecen ser vividas. La carreteras –salvo que todo transita al revés y te destantean– suelen ser de apenas dos vías, pero con frecuentes tramos adicionales para rebasar, y en excelente estado. Su gente, tranquila y mucho menos cabreada que la nuestra: si llueve, se quitan los zapatos –sana obsesión de mantener los pies en la tierra–, se mojan y siguen en lo suyo. Si llega el atardecer, pues en vez de ponerse a ver la tele o el celular, suelen comprar *fish-n-chips* e irse en manada a la playa a jugar, caminar o simplemente a contemplar el ocaso. Y, en fin de semana o vacaciones, a andar y hacerse uno con su propio país. Buena parte de ellos, descendientes de noreuropeos humildes de credo protestante, asumen la sencillez como virtud ciudadana y consideran la exhibición de la riqueza personal como algo vulgar.

Por otra parte, su “constitución” en constante hacerse deviene del tratado de paz anglo-maorí. Y algunas de aquellas tribus originarias continúan sin firmarlo. Ese constante dialogar –probada vacuna anti-privilegios– les protege contra la letra muerta. Y les permite, por ejemplo, convertir de a poco en ley importantes preceptos de la tradición maorí y declarar, por ejemplo, “persona natural” al río Whanganui que, ya persona, tiene tanto derecho como tú a no ser agraviado.

El inglés y el te reo son los idiomas oficiales de *Aotearoa*, pero el Estado promueve el aprendizaje de una tercera lengua entre todos sus ciudadanos. Y no de cualquiera: mandarín o español, “los idiomas del futuro”. Los kiwis, nada complicados, suelen optar por el español, así que resulta frecuente que te saluden sonrientes en tu propio idioma. Y esa fue la base de mi invitación a Nueva Zelanda: contar y cantar mis canciones, con poética traducción simultánea, en el contexto de un programa académico para la sensibilización del aprendizaje de nuestro idioma a través de las artes. En esta parte del mundo –del tercero y del primero– algo así sería ciencia ficción.





A menos de un día de llegar a las antípodas ya Leonel Alvarado me ponía a trabajar; que a eso fui. Visitamos “The Stomach”, el estudio de sonido y sala de conciertos comunitarios en donde habríamos de hacer la alquimia sonora de “La Rosa”, y en donde tendrían lugar los talleres musicales previstos para estudiantes, refugiados y público general de *Palmy*. Allí conocí a Harry Lilley, músico maorí que conduce el proyecto, y a Nigel Mauchline, su ingeniero de sonido. Luego Leonel me presentó a otro gran amigo de aquellas jornadas, el fotógrafo y erudito David Lupton, artista austro-kiwi que también enriquece estas páginas con sus imágenes e historias, muchas veces ambas en una, y que me honra con su amistad. Y de ahí al estudio-taller de Warren Warbrick, lutier, artista y defensor incansable de las tradiciones del Pueblo Maorí y, en particular, de las de la *Invi* (tribu) Rangitane de Manawatū.

Noble rangitane con estampa de guerrero en pausa, lleva tatuada en el cuerpo sus historias de vida, como “El hombre ilustrado” de Ray Bradbury, pero sin resquicios de ficción y sin moda de *millennial*. No más llegamos a su taller nos honró con el *bongi*, saludo tradicional maorí que consiste en juntar las frentes, mirarse sonrientes y frotar las narices (menos mal que ya me había advertido Leonel, porque en mi barrio...). Pero el propio Warren rompió el hielo con buen humor, comentándole a mi anfitrión, en inglés, que con este músico de más allá del horizonte –yo– podrían cantar los rangitanes... o se lo podrían cenar (¿?).

Músico y escultor, Warren fabrica en su taller copias fieles de decenas de instrumentos musicales maoríes originarios: flautas de madera, caracoles, instrumentos percusivos de madera o piedra, o de cuerdas frotadas con elementos que giran y “suenan” al viento como las hélices de un avión. Su variedad y rareza con frecuencia recuerda a los de sus primos mesoamericanos precolombinos, o a rudimentarios instrumentos vascos como la “chalaparta”.



Tras presentarle el proyecto de “La Rosa”, Warren se identificó de inmediato con el tema, como cultura originaria en resistencia a sus propios invasores. Por eso nuestra “Rosa Maorí” acabó

enriqueciéndose con buena parte de aquellas sonoridades ignotas. Aotearoa: ¡qué tierra aquella de bellezas y evocaciones infinitas!

A una hora de Palmy, *Fox Ton* y el Mar de Tasmania. Impresiona la certeza de que tres horas más allá, esta Australia... La luz y el alucinógeno colorido del atardecer constituían un espectáculo para mí nunca antes visto, como a su modo los caprichos de otras puestas de sol en Ámsterdam, Orán o el Mar Muerto, en otros viajes y en otras compañías... En hora y media con rumbo sudeste llegamos otro día a *Castle Point* y sus abrumadores paisajes oceánicos. Allá al frente, por algún lado y a miles kilómetros de distancia, debía estar Panamá...

La Universidad de Massey coordinó pequeños conciertos y talleres en diversos colegios secundarios adscritos a su programa de enseñanza del idioma español. Esa apretada agenda nos llevó a Hastings, Tauranga y Auckland, pero fue en Whanganui que “La Rosa Maorí” encontró con “El Sur que soy” su otra cara de la moneda. Allá llegamos en dos horas desde Palmy ¿El camino?: un gran valle verde y llovido cubierto de vacas, ovejas, maizales y hortalizas, rodeado a lo lejos por la cordillera, que en algo recordaba las fértiles llanuras entre Nacogdoches y Austin, en la lejana Texas.

Nos esperaban las simpáticas, eficientes y proactivas Beverly Stewart, Marilyn Wilkie y Queralt Pages, profesoras de español en el *Whanganui High School* y alegres promotoras de Latinoamérica. Queralt, catalana y chef pastelera, casada con kiwi y madre de dos hermosos hijos, fue la activa contraparte de Leonel para “conspirar” la expedición a Whanganui, que acabó contando

con el apoyo del Whanganui District Council. El concierto fue cálido y memorable, inaugurado por tres hermosas muchachas de ascendencia maorí, afinadas y de dulces voces, entonando una canción local de bienvenida. Hice entonces un breve recorrido por Panamá y su historia a través de mis canciones, que no permitió cantar más que unas seis de ellas, pues abundaban las preguntas y el entusiasmo de los muchachos y no sobraba el tiempo. Eran como un centenar de adolescentes, kiwis y maoríes, entre quienes también estaban unos diez argentinos y chilenos, en visita de intercambio. La mutua simpatía acabó haciendo posible la propuesta de regresar en una semana para grabar en estudio –y en video– “El Sur que soy”, mi nueva canción en dupla creativa con Leonel, acompañado por jóvenes músicos del colegio y un adolescente y aguerrido *kapa-haka* (coro y danza de guerreros maoríes).

En la tarde acompañamos a Queralt a su ceremonia de nacionalización kiwi, junto a su familia. Fue emotiva esa jornada legal presidida por el alcalde y representantes maoríes de la tribu local, en la que decenas de sudafricanos, norteamericanos, ingleses, filipinos, hindúes, españoles, chilenos y seres humanos de los cuatro confines del orbe fueron recibidos como propios entre cánticos maoríes y expresiones de cariño entre iguales. Y luego, “Public Lecture. Davis Lecture Theatre. A Wide ranging presentation on Panamanian history, culture & music”, tal cual rezaba la volante. Llegaron unos veintitantos whanganianos de todas las edades y un par de latinos residentes, que escucharon con sumo interés los cuentos sobre ese otro paisito rodeado de mar, pero al otro lado del planeta.

Ya cerrando febrero honramos la invitación de Warren Warbrick y su esposa Virginia para presentarnos ante su tribu y luego presenciar la puesta en escena de su bella obra conjunta, *Antipodeans*. La experiencia –y el privilegio que no conceden a muchos– me dejó literalmente sin habla. Por eso pedí a mi nuevo hermano Leonel Alvarado que fuese él quien la contara. Por eso también pedí a David que me hiciese una selección de las fotos que allí tomó, pues sólo a él le permitieron tomarlas: los maoríes se toman muy en serio esas cosas, y hacen bien...



## La Rosa paniora

Uno se descalza para entrar a una Marae o casa-altar maorí. Habría que descalzarse, como diría un poeta mexicano, hasta de las plantas de los pies. La acción de quitarse los zapatos es tan sencilla pero dice tanto; es un gesto de respeto, de humildad, de sentir directamente en el cuerpo el espíritu de la casa, habitada por tantos espíritus: de los vivos y de los que nos miran desde sus retratos colgados en las paredes. Primero, el nombre: esta casa-altar se llama Rangimārie, nombre que evoca paz y armonía. ¿Es marae masculino o femenino en español? La trampa del género. Me decido por su entidad femenina porque para mí evoca la casa-altar maya, específicamente la de la comunidad maya-chortí, del Copán hondureño. Se trata de una casa que cumple funciones sobre todo comunitarias y familiares. En ella se va a encontrarse la whakapapa (la “wh” del maorí se pronuncia como “f”) o ascendencia, linaje, origen de una comunidad.

Casa y tierra humildes. Tierra de campesinos, a orillas del río Oroua, primo menor del gran Manawatū, del que de pronto todos venimos. El Mar Tasmania está al otro lado, a apenas doce kilómetros hacia el norte. La Rangimārie marae fue construida en 1858 para conmemorar el acuerdo de paz entre dos tribus: Ngāti Raukawa y Rangitāne. Esta tierra humilde lleva el nombre de Rangiotu, en honor al líder Rangitāne Hoani Meihana Te Rangiotu.

En las paredes cuelgan los retratos de los mayores, y en ellos se basará la historia que nos contará quien dirige la reunión. En ese domingo de febrero, quien nos dio la bienvenida fue Wiremu Te Awe Awe, líder de la tribu Rangitāne. Wiremu nos contó la historia de la casa, del linaje, de la tierra que la rodea. El contar es un ritual que se repite en cada encuentro para que la historia siga viva. Se trata, mejor dicho, de un recontar, a cargo de los líderes, quienes les ceden tiempo y espacio a los jóvenes, los que luego se encargarán de que la historia siga siendo compartida.



*Pero ese domingo le dio entrada, gracias a la generosidad de los hijos de esta tierra, a otras historias, cantadas en paniora, como se dice español en maorí. Paniora designa la lengua y a quienes la llevamos a esta otra orilla del mundo. Nuestro paniora mayor, portador de su Rosa, fue Rómulo Castro, viajador caribeño, hermanado en el Tasmania y bien recibido con su guitarra. Lo más seguro es que el paniora nunca se haya hablado en esta casa-altar, pero pronto encontró lugar porque la Rosa es una historia de lucha y de esperanza, ambas revestidas de dignidad. Y esto se entiende perfectamente en la comunidad maorí, gente de lucha contra el poder que siempre se les ha querido imponer.*

*Escuchamos con respeto y fascinación los relatos ancestrales de Wiremu Te Awe Awe, así como la comunidad Rangitāne escuchó con los mismos sentimientos La Rosa. Historias y mundos compartidos, unidos por el mismo espíritu de hermandad a través del Pacífico. La Rosa y a quienes nos trajo su compás estábamos en una tierra que de pronto se volvió nuestra.*

*La comunidad maorí es generosa, pero hay que ganarse el privilegio de ser bienvenido en un espacio que es tanto sagrado como comunitario. Es necesario entrar con humildad para ser recibido como hermanos, como parte de una historia que comenzó hace siglos y nos mira desde las paredes de la casa. Fue nuestro amigo Warren Warbrick quien posibilitó este encuentro. A veces, al hablar, Wiremu Te Awe Awe se dirigía a él para confirmar datos, nombres, fechas. El conocimiento, quería decirnos, no le pertenece al individuo, sino a la comunidad; todos contamos en esta historia, y, por eso, La Rosa fue bienvenida y se volvió paniora y maorí.*

*Leonel Alvarado  
Palmerston North, Nueva Zelanda, marzo de 2017*

Los talleres y micro-conciertos en The Stomach también resultaron memorables, sobre todo por la naturalidad con que encajaron mis canciones guitarreras con el acompañamiento de Warren y sus sonoridades maoríes. También lo fue mi breve presentación en el Festival de las Culturas al que me invitaron en el parque principal de Palmy. Y la magia integradora se repitió con creces en las sesiones de grabación de “El Sur que soy” en el estudio del colegio público de Whanganui, y de “la Rosa Maorí” en The Stomach, Palmerston. Buena parte de esas jornadas fueron afortunadamente cubiertas por las fotografías de David Lupton. Pero, tanto como aquellas memorables imágenes, me llegaron al alma las impresiones que dejó en el propio David alguno de esos pequeños conciertos:

*\*Hola Leonel,*

*Me quedé despierto hasta tarde todavía viendo las imágenes de esta noche. Noté algo, hay algo más serio en esto, en el canto, en el valor de la canción poética cantada. El espíritu era un poco más intenso esta noche; se sentía como el peso de la canción: el canto fue diferente. Se siente como si la audiencia se convirtiera en portaestandarte de la luz en la lucha contra la injusticia, con amor mezclado con sangre.*

*Solo tomé un puñado de imágenes, pero sentí que el reto era escribir tu propia canción, cantar con tu propia voz, atesorar la palabra... en su poder reverencial para vivir en una audiencia y volverse carne, vivir el amor, protestar, no cerrar los ojos excepto a los fragantes momentos de amor, extraños y extraños extraños. Esto es lo que sentí fluir del escenario esta noche, al igual que los instrumentos de Warren, estas canciones no son para el entretenimiento, sino para la revolución del corazón y del mundo.*

*Me conmovió profundamente y no hablo español, y mis fotos no hacen justicia a esto. La próxima vez, tal vez, necesite mirar más de cerca.*

*\*Esta nota ha sido traducida*

*David*

En las fotos de David llevo al cuello un regalo del rangitane Warren Warbrick: es un collar de guerrero maorí cuyo colgante imita el diente de una ballena en jade, con cierre de hueso de albatros. Advierte Leonel que es regalo de vida, que constituye un gran honor que conceden los maoríes a quien lo recibe y que no debe transferirse...

Comparto entonces los recuerdos que sí puedo transferir:

Compuse “La Rosa de los Vientos” transido de dolor y en busca de la esperanza... Los años de la dignidad que motivaron mi “Soberanía” setentera no han vuelto aun; no hemos sabido volver a convocarlos. Pero sí que los he encontrado en la “Primavera valenciana” de los nietos de la República española; en los ojos de los niños de Ramallah; en los pañuelos blancos de la Plaza de mayo; en los ineludibles rostros de las mujeres hondureñas; en las guerreras sonoridades del Warren Warbrick de Manawatū; en la dignidad de los muchachos del *ghetto* de Curundú. Y ello me da la plena c-e-r-t-e-z-a de que si no vuelvo a hallarla hoy entre los míos, volverán a encontrarla mis hijos o los hijos de nuestros hijos...

## La Rosa de los Vientos

*Panamá, 1990*

*(...) Cada hombre lleva encima  
la huella de su tiempo.*

*¿Quién dijo que la risa  
tuvo que emigrar  
o que la llamarada  
con que me mirabas  
ya no alumbra más,  
que te ganó el olvido,  
que no te beso más,  
si al cabo ahora vivimos  
repartiendo humanidad?*

*¿Quién dijo que perdimos  
la facultad de amar  
o que estamos perdidos  
entre tanto signo de brutalidad?  
Seguimos respirando  
también por los demás  
y es una carga noble  
que me agobie su pesar.*

*(...) mi Tierra ¡ay, homb'el,  
(...) mi Patria ¡ay, homb'el!*

*¿Quién dijo que la vida  
se puede apuntalar  
con la historia manida  
de la sacrosanta  
libertad de atar?  
Puedes negar un nombre  
o un ghetto desecar,  
decir que el Polo Norte  
está en el Sur...  
y delirar*

*(...) mi Tierra ¡ay, homb'el,  
(...) mi Patria ¡ay, homb'el!*

*Yo soy de donde nace  
La Rosa de los Vientos:  
la azota el vendaval  
pero crece por dentro.*

*(...) Cada hombre lleva encima  
la huella de su tiempo.*

---

“La Rosa de los Vientos”: versión original  
de Rómulo Castro y el Grupo Tuira (Panamá, 2007)

